

Tontinas, que no “hacerse el tonto”

MIGUEL ÁNGEL VÁZQUEZ

Director de Estudios de UNESPA

JOSÉ A. HERCE

Director Asociado de Afi

El endeudamiento público, esa cosa que, literalmente, lo mismo sirve para un roto que para un descosido, nació hace aproximadamente 600 años. Los reyes que gastaban más de lo que ingresaban, es decir, aquéllos que guerreaban por encima de sus posibilidades, tenían que acudir a los particulares para obtener los ingresos que necesitaban. Como entonces subir impuestos era complicado porque las Cortes solían estar en contra, se inventaron los títulos de deuda pública, que en España se llamaron juros. La mayoría de los juros eran arriendos sobre ingresos fiscales, esto es, quien compraba el juro adquiría con ello el derecho a percibir los ingresos de una determinada exacción fiscal. Es como si hoy, al comprar un bono del Tesoro, se adquiriese el derecho a cobrar el IVA correspondiente al brécol adquirido por actuarios; lo cual sería un chollo, pues la pasión de los actuarios por las verduras brassicáceas es legendaria.

Claro que, si uno era un poco manirroto, podía llegar un momento en el que no hubiese ingresos fiscales que arrendar, o los que quedasen, o se necesitasen para otras cosas, o fuesen de tan dudoso cobro que los posibles tomadores del juro no los quisieran. En esos casos, a los reyes ya sólo les quedaba el endeudamiento puro y duro con los banqueros. O eso, o dejar a los soldados en la estacada, como hizo, por ejemplo, Isabel I de Inglaterra con los marineros que rechazaron a la Gran Armada de Felipe II, y a los que nunca les pagó el favor.

En este entorno de presupuestos comprometidos, reglas de gasto in pectore e impuestos arrendados, se hacía necesario desarrollar elementos de ingeniería financiera que permitiesen allegar más recursos de alguna de otra manera. Entre ellos se encuentran las operaciones tontinas, que se llaman así por un napolitano, Lorenzo de Tonti, quien las desarrolló para el cardenal Mazarino.

La tontina clásica funcionaba tal que así: los participantes entregaban un capital y cobraban una prestación, normalmente una renta vitalicia. El truco consistía en que, a la muerte de algún partícipe, su renta se distribuía entre los supervivientes, hasta que sólo quedaba uno, que cobraba el capital restante. Había, también, tontinas que referenciaban o, como dirán los muy financieros, indexaban, a la vida de un tercero. Como ese

tercero debía ser alguien con una previsión de vida larga, para así hacer atractivos los beneficios de la muerte progresiva de otros partícipes, dicho tercero solía ser un miembro de la familia real. Por esta razón, la ejecución de Luis XVI fue una auténtica catástrofe para un montón de franceses que estaban cobrando tontinas referenciadas a su supervivencia; y, de consuno, un auténtico chollo para los revolucionarios que se lo cargaron, y que dejaron de honrar aquellas rentas.

La tontina es, pues, una figura de seguro, nacida en el entorno de las finanzas públicas, que se podría decir que se basa en que la Tabla de Mortalidad sea tu amiga. En efecto: si le caes bien, se irá cargando, hoy mejor que mañana, a todos y cada uno de los partícipes, con lo que tú cobrarás más. Pero es indispensable que se olvide de ti y, por mucho que tu “qx” se acerque a 1, siempre se le olvide convocar a la Parca. Si es así, llegará el día, en la cuarta o quinta edad, en que te forres.

En el mundo moderno existen las tontinas y sus reminiscencias. Por ejemplo, en el sistema sueco de cuentas notionales, una parte del incremento de dicha cuenta notional cada año proviene del reparto entre los cotizantes vivos del valor de las notionales de aquellos trabajadores que han muerto antes de causar pensión; lo cual es un claro reflejo del mecanismo de las tontinas. Las operaciones tontinas, en todo caso, ni se practican mucho, ni siquiera son legales en todos los países. Esto es así porque, como es un producto en el que lo fundamental es que la Tabla de Mortalidad esté de tu lado, puede pasar que haya alguien que decida ponerla de su lado. En otras palabras: en algunas de sus expresiones, la tontina propende al asesinato. Quien quiera acceder a un extraordinario desarrollo de esta idea, con impagables dosis de humor, no tiene sino que leer la novela de Robert Louis Stevenson *The wrong box*, o ver la película que se hizo de ella.

Las operaciones tontinas son, de alguna manera, seguros imposibles, o irreales. Y decimos esto porque se rigen por reglas opuestas a las que suelen ser normales. Normalmente, uno contempla una tabla de mortalidad con desazón, angustia incluso; pero, si es partícipe de una tontina, la verá con otros ojos: los de la ambición ilusionada. El mundo al revés.